

Pronto le ganó la realidad madrileña vivida en los claustros del caserón de la calle de San Bernardo, en los billares de la vieja rúa de la Luna.

Asistía a la tertulia del café Universal, donde, en comunicación con algunos paisanos, conservó el contacto con el paisaje canario que le vio nacer. Uno de los concurrentes más asiduos era don Fernando León y Castillo, Marqués del Muni.

Tomó parte activa en las algaradas estudiantiles promovidas por la presencia en el claustro de ciertos profesores de la Universidad, especialmente de don Matías Barrio y Mier, ilustre catedrático de Derecho, que formaba parte de la Junta Carlista de Madrid, presidida por el Marqués de Cerralbo.

Pero este no era, en realidad, más que un pretexto para no entrar en clase. “La solidaridad de la juerga”, que dijo un ilustre periodista. Lo prueba el hecho de que el lugar de las “conspiraciones” era el billar de la calle de la Luna, que un poco más tarde conocimos en días aún no lejanos, en que Emilio Carrère llamó al barrio de la Universidad, “el barrio latino madrileño”, y el desaparecido café de San Bernardo. Aquellas revoluciones consistían en levantar adoquines, volcar tranvías y abuchear a los guardias, que entonces eran llamados “guindillas”.

No creo que ninguno de mis lectores, por su edad y la fecha en que se producían tales algaradas, haya vivido aquellas escenas, llegadas hasta nosotros a través de los escritos de hombres que, como don Benito Pérez Galdós, eran el 63 ya unos mozos de veinte años.

Aunque formado literariamente en los clásicos, veneraba yo la figura galdosiana. Conmovidó por su ceguera, me acerqué a don Benito Pé-

rez Galdós y besé su mano. Este me tocó en la mejilla y entre él y yo se entabló el breve diálogo que sigue.

—¿Eres muy joven?

—Dieciocho años.

—¿Estudias?

—Filosofía y Letras.

—¡Noble ciencia! ¿Qué aspiras a ser?

—Escritor.

—¡Uf! Pobre de ti...

Sonriente siguió su camino hacia el saloncillo (que ya no existe), apoyado en uno de los hombros de doña Carmen Cobeña.

Entregado plenamente a la tarea literaria, abandonó la política, iniciada en las filas sagastinas como diputado por Puerto Rico.

En posteriores legislaturas, dió su nombre, más por complacencia amistosa que por convicciones arraigadas, a otras candidaturas.

En los actos de propaganda “se debaja llevar”, porque su bondad era tanta, que se sentía incapaz de una negativa que hiriese sentimientos ajenos.

Las obras más populares de don Benito, teatralmente, son: “El abuelo”, “La loca de la casa” y “Electra”. El estreno de esta obra en el teatro Español, de Madrid, tuvo tal resonancia y éxito, que el público aguardó la salida del autor en la plaza de Santa Ana y, desenganchando los caballos, llevó el carruaje, entre vítores y con antorchas, hasta su domicilio, que estaba en el paseo de Areneros, actual calle de Alberto Aguilera. Para el teatro escribió, también, la comedia “Pedro Minio”, que estrenó en Lara el famoso actor Pepe Rubio.

“Doña Perfecta” tiene como fondo la guerra segunda carlista. Ya viejo, acuciado de necesidades materiales —la triste vejez del escritor—, dió a

la escena “Un joven de provecho”, que ha quedado inédita.

En fecha muy próxima se cumplirán los cien años de la llegada de Galdós a Madrid. Se nos ofrece la ocasión de conmemorar este centenario en los teatros oficiales. “Doña Perfecta”, “El abuelo”, “La loca de la casa”, son obras que están al alcance de la mentalidad de hoy.

Un momento todavía. Quiero decir algo brevemente de dos condiciones que le atribuían: la de libre pensador y la de hombre de izquierdas.

La de libre pensador queda desmentida por estas líneas que aparecen en la página 288 de su novela “Gloria”:

“... el formidable monstruo que toca con la mitad de sus patas a la historia y con la otra mitad a la filosofía; monstruo que no tiene nombre y que si lo tuviera lo formaría juntando lo más bello, que es la religión, con lo más vil, que es la discordia...”

Y la otra:

“El que esto escribe —dice— tuvo la satisfacción de ser incluido en la comisión del Congreso que asistió en Palacio al acto solemnísimó de la presentación del recién nacido soberano de España, don Alfonso XIII, el 17 de mayo de 1886.” “Tuvo la satisfacción...”, dice.

Aprovechó toda ocasión para mostrarse respetuoso con la Reina Regente, doña María Cristina de Habsburgo.

En el mismo libro, y aludiendo a su entrañable amistad con el novelista montañés don José María de Pereda, declara:

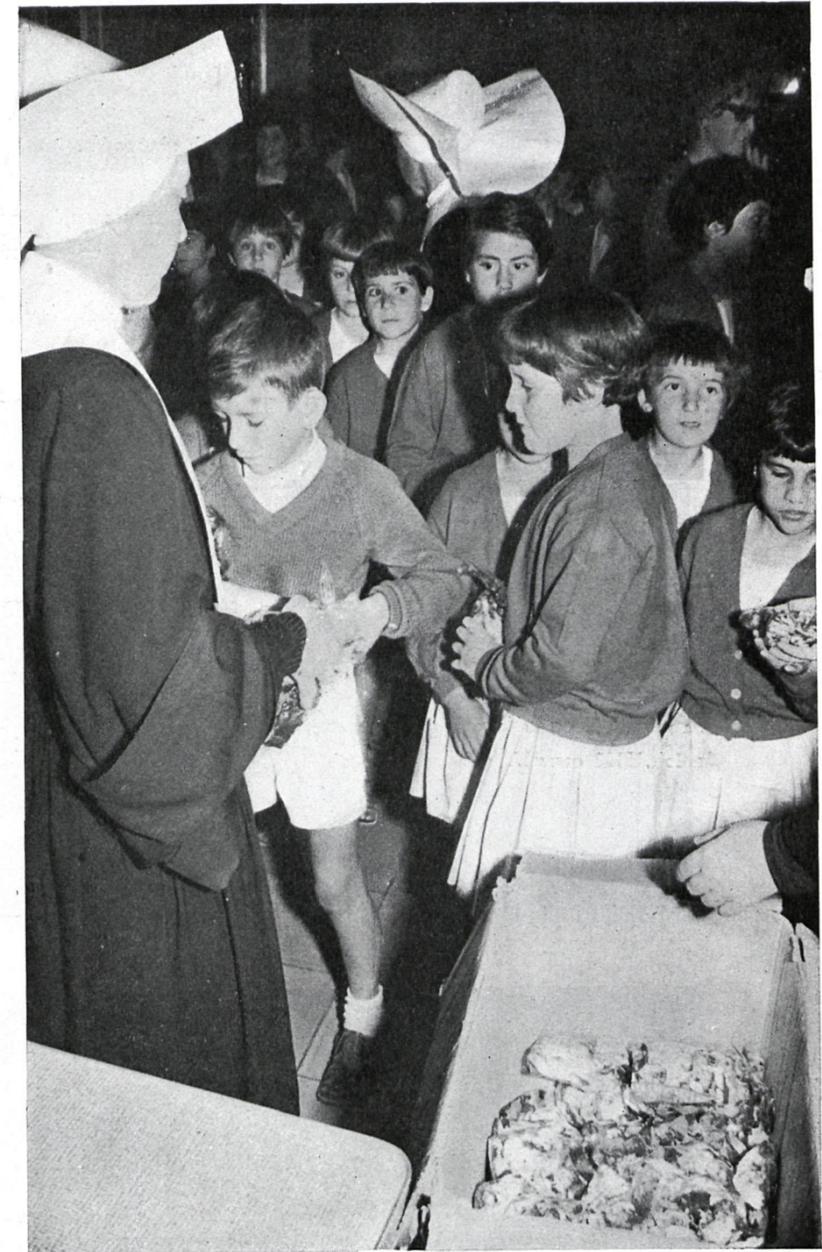
“Ni Pereda era tan clerical, ni yo tan libre pensador como la gente cree...”

Y yo quería deciros esto antes de terminar.

Nada más.

E. M. DEL P.

CLAUSURA DE LA RESIDENCIA DE VERANO EN EL COLEGIO DE LAS MERCEDES



COMO es sabido, el Colegio de Nuestra Señora de las Mercedes cuenta con una residencia de verano. Situada en la carretera de las Dehesas, dentro del término municipal de Cercedilla, en uno de los parajes más bellos de nuestro Guadarrama, en pleno valle de la Fuenfría, se alza un edificio construido en piedra, de hermosa perspectiva, amplio para albergar durante los meses de estío a dos centenares de alumnas y con todos los servicios a punto para cumplir la finalidad que tiene encomendada.

A esta residencia se trasladan todos los años, en el número aproximado que queda dicho, las alumnas a las que de manera especial conviene una temporada de descanso al aire libre y sol, aquéllas cuyas familias no tienen posibilidades de tenerlas a su lado durante los meses de vacaciones, o aquéllas otras que carecen de

ambiente hogareño. Aquí, bajo el cuidado y vigilancia de las Hijas de la Caridad de San Vicente y la dirección espiritual de un Padre Paúl, las acogidas alternan los juegos y excursiones a los pintorescos parajes que rodean la residencia con el estudio y prácticas escolares, con lo que se logra el magnífico resultado de lo que podríamos llamar unas vacaciones integrales, de acuerdo con el aforismo clásico «mens sana in corpore sano».

Puede decirse que la vida del Colegio de las Mercedes, desde el fin de curso en el mes de junio hasta los días próximos a la festividad de la Virgen patrona del Centro, se desarrolla casi exclusivamente en esta residencia serrana. Apenas queda en la casa central de Núñez de Balboa más que el servicio de oficinas y el personal indispensable para los más elementales quehaceres domésti-

COMO complemento gráfico a esta información, publicamos en esta doble página un aspecto de la intervención de las autoridades y jerarquías que presidieron el festival de clausura de la residencia de verano de Cercedilla. A continuación, en las otras páginas, recogemos, también gráficamente, distintos detalles de la brillante participación de las niñas del Colegio de las Mercedes en este simpático acto.—(Reportaje gráfico Leal.)



Visitador honorario, don Ezequiel Puig, tuvo lugar un número de magia escenificado que hizo las delicias de la concurrencia.

El acto se cerró, como es tradicional, por el Marqués de la Valdavía, que en términos cordiales y sinceros, y con el gran sentido del humor que le caracteriza, dirigió a las alumnas unas palabras poniendo de manifiesto la labor que la Diputación realiza en sus Centros asistenciales y, de manera particular, en éste del Colegio de las Mercedes, y exhortándolas al cumplimiento de sus deberes escolares con vistas a su formación para el futuro. Un reparto de golosinas a las pequeñas puso punto final al acto.

Así quedó clausurado el curso de verano del Colegio de las Mercedes en Cercedilla, y, cuando la noche caía y los asistentes al acto enfilaban la carretera ya de regreso a Madrid, todos pensaban en que durante unos momentos habíamos vuelto a ser escolares, en la gran labor que la Diputación realiza en sus centros asistenciales a la niñez desvalida y en la posibilidad de que esta acción tutelar y educativa pudiera aún proyectarse en horizontes más amplios y profundos. Pero esto es ya tema que nos llevaría lejos de nuestro propósito de ser meros cronistas de un acto, ya tradicional en las efemérides de la Diputación madrileña.

FÉLIX MELENDO ABAD



vo la presidencia ocupada, como es tradicional, por el Presidente de la Corporación, excelentísimo señor don Mariano Ossorio Arévalo, Marqués de la Valdavia, Ilmo. Sr. Diputado Visitador del Centro, don Eugenio Lostáu Román, y señora; el Director del mismo, don Rufino Peñalva Bernal, y señora, y la Rvda. Madre Superiora de la Comunidad e Hijas de la Caridad a cuyo cargo están las educandas, Sor Carmen Moreno. También asistieron al acto el Ilmo. Sr. Secretario interino de la Corporación, don Juan José San Martín Casamada; el Interventor general, don Santiago Navacerrada, y señora; el Diputado Visitador honorario, Ilmo. Sr. D. Ezequiel Puig Maestro-Amado, y señora; el Jefe de los Servicios de Protocolo, don Esteban Pérez Quesada; el Capellán Mayor de la Beneficencia Provincial y Capellán del Centro, don Rafael Ortega; el Arquitecto Jefe Conservador del edificio, don Vicente Temes, y el Profesor Médico, Dr. D. Eduardo Blaise. Igualmente asistió al acto el Alcalde de la localidad, señor Arias, y varios concejales.

Tras la salutación al Presidente, hecha por una de las pequeñas, se desarrolló un breve pero gracioso repertorio de canto, danza y representación; el pequeño coro interpretó canciones regionales; un grupo de alumnas hizo alarde de sus buenas dotes coreográficas; el popular cuento de «La lechera» fué interpretado con salero y gracia de la mejor clase; un conjunto de pequeñas actrices deleitó a la concurrencia con la versión americanizada del rodaje de unas escenas en el supuesto plató de un estudio cinematográfico y, por último, y con la colaboración, siempre tan humana y cordial del

cos del número reducido de Hermanas que quedan en Madrid.

Todos los años, cuando la vida de la residencia está a punto de dar fin, tiene lugar una fiesta íntima y simpática en la que las escolares ponen de manifiesto su alegría e ingenio. Siempre este acto se ve honrado con la asistencia del Presidente de la Corporación, Diputado Visitador del Colegio y altos cargos del mismo. Este año tuvo lugar el día 11 de septiembre, y como esa fecha coincidió con el temporal de lluvia y viento racheado y frío, tan característico del final del verano en el Guadarrama, el festejo tuvo que celebrarse en el amplio comedor, habilitado al efecto. Estu-



Villaviciosa, cárcel de Godoy

EN la localidad madrileña de Villaviciosa de Odón, a una veintena de kilómetros de la capital, una suave pendiente, flanqueada de árboles, lleva a un castillo de airoso porte. No es el castillo a la clásica usanza medieval, sino una construcción herreriana de finales del siglo XVI. Tiene planta rectangular, con cuatro torreones, uno de mayor altura que los restantes y sobresaliendo de la línea de la fachada principal.

Va unido este castillo al recuerdo de Manuel Godoy. Todo lo había tenido éste en España: triunfos, honores, halagos, dinero. Pero la suerte dió un día un giro brusco, y el Príncipe de la Paz, personaje principal de la vida española durante mucho tiempo, se vió de pronto encarcelado en Villaviciosa. El motín de Aranjuez, ya en el umbral del levantamiento contra Napoleón, le hizo perder su privanza. Cambió su destino. Y Don Manuel Godoy, ante quien todos se inclinaban y rendían, fué trasladado, con fuerte custodia, a aquel castillo de la provincia de Madrid, en el que estuvo durante un mes. El encargado de su vigilancia, con guardias de día y de noche, era el Marqués de Castelar, «amigo mío —contará un día Godoy en sus Memorias— y hechura mía



de largos años, mas de repente convertido con gran celo al nuevo culto, como tantos otros, por no perder lo que de mí tenían: nadie es más enemigo que un amigo en las transformaciones de una Corte».

Horas amargas pasó Godoy en el castillo de Villaviciosa de Odón. En aquella muda soledad —escribe él mismo— «no pudo penetrar por alto ni por bajo ni siquiera un recado de los Reyes padres, por más que lo intentaron, ni la menor noticia de las cosas que pasaban. Sus guardianes no le dejaron nunca a solas con nadie en la prisión. Jamás el cirujano que venía a curarme diariamente, pudo hablarme ni acercarse a mí sin que le acompañase y le observase, grandemente atento, alguno de los guardias. Una vez entró un barbero a rasurarme, pero de tal manera rodeado, y con tan grande turbación, turbándole la mano, que no acabó su obra».

La vigilancia del antiguo favorito llegó al límite de no facilitarle la debida asistencia religiosa. Había en el castillo un altar, en el que podía decirse misa. Era tiempo de Pascua y «parecía razón —contó, más tarde, el prisionero— me hubiesen procurado que cumpliese con el precepto de la Iglesia, como se procuraba y era uso en todas las prisiones; pero ni aún ese desahogo de cristianos me tuvieron: ni comunión, ni misa, ni un libro siquiera, ningún consuelo del espíritu».

Godoy sobrelleva con altiva dignidad su encarcelamiento. Nada pide, de nada protesta ni se lamenta. Sólo una cosa, un día, se atreve a solicitar. Y no a sus guardianes, sino a un mozo que le sirve la mesa. Pide un poco de caramelo, golosina a la que estaba acostumbrado. No fué atendido. «Basta decir —recordará después el Príncipe de la Paz— que ni una muda de camisa me fué dada en tantos días, y que cuando salí de entre las manos de mis ilustres carceleros, mi capote y mi ropa ensangrentada fué mi único vestido; no había otro».

La intervención del general francés Murat libró a Godoy de su prisión, de la que pudo salir, por fin, para Francia. Su vida, triunfante hasta hacía muy poco tiempo, tomaba desde ahora un giro bien distinto. Empezaba el destierro, la vida silenciosa y sin brillo; un oscuro camino, al término del cual sólo estaba la muerte en el olvido.

Hoy, ese castillo de Villaviciosa en que el favorito estuvo encarcelado, se halla bien conservado en su exterior. Pero en su interior es un acabado caso de abandono. Entristece ver sus pasillos, sus escaleras, sus estancias desmanteladas, mutiladas, sucias. Nada resta allí de la antigua disposición. Todo es incuria y mal trato. El actual estado del castillo plantea, una vez más, el problema de este tipo de edificios. Dejados al cuidado de la propiedad particular, ésta se desinteresa de ellos, en parte por razones económicas. Es el Estado —o sus instituciones anejas— el que puede acometer la tutela y la restauración de esas bellas construcciones. Si esa labor no se inicia, no pasará mucho tiempo sin que los castillos de España —hablamos en términos generales— hayan quedado en un hermoso melancólico recuerdo.

JOSE MONTERO ALONSO

RUTA ALCALAINA



Alcalá de Henares conserva parte de su antigua muralla con sus atalayas aún bien erguidas y que traen hasta el visitante el fragor de batallas y el espíritu de toda una época.

Por ANTONIO GULLON WALKER

Dibujos de MIGUEL OURVANTZOFF